

Déborá Rabinovich

Lo necesario y lo imposible

“El sujeto esta ahí, en esa cosa oscura que llamamos ya sea trauma, ya sea placer exquisito.”

J. Lacan, Conferencia en Baltimore, 21/X/1966

Me voy a acercar al tema de las próximas Jornadas de la NEL Violencias y pasiones, sus tratamientos en la experiencia analítica, a partir de lo que en mi caso fue situado como traumático.

Un trauma. De él se desprendieron, dos categorías, lo imposible y lo necesario.

Lo que no cesa de no escribirse. A partir de aquel día, esa niña supo que la relación sexual no existe. Pero, quiso imperiosamente desde ese instante que eso que no cesaría de no escribirse se escribiera.

Lo que no cesa de escribirse. La primera respuesta que ella encontró a aquello inconfesable, devino el centro de su síntoma.

El trauma

Por supuesto, siendo estudiante de psicología, luego psicóloga y más tarde psicoanalista, había escuchado hablar, estudiado, y hasta dado algunas clases sobre el tema.

El trauma me interesaba. Sin embargo, a mí, no me había tocado. Buscaba algo terrible, una efracción al estilo de una bomba, de un terremoto, un accidente fatal... Algo que hubiese inquietado, alertado a mi misma y a mi entorno.

Me creía sin trauma. Buscaba el mío y no lo encontraba.

Lo que encontraba era la angustia y la inhibición. Puedo decir que con ambas conviví, y desde muy temprano.

El trauma tuvo lugar en la infancia, diría a los 5 años. Recién acercándome al final del análisis, lo supe. Fue cuando el analista situó, como teniendo el peso del trauma, a esa escena conocida desde siempre.

Domingo a la mañana. Momento tranquilo, agradable. Solas mi madre y yo. Ella se arreglaba frente al espejo de su baño. Yo la observaba. Unos rayos de sol entraban por la ventana.

Sonó el teléfono. En aquella época eran fijos. Tuve que ir a su habitación para atender.

Aun no habían levantado las persianas. El cuarto estaba a oscuras y con la cama todavía revuelta.

Levanto el auricular. Ahí, la irrupción de lo inesperado. Una voz femenina me dice: «Débora, hola! Soy la novia de tu papá.»

Ese llamado me fracturó.

Como todo trauma, fue totalmente azaroso. Un acontecimiento accidental, una *tuché*.

Frente a ese imprevisto, una respuesta.

Guy Briole dice, hablando del trauma, que no se encuentra ninguna palabra para decir lo indecible de lo que se ha vivido.

Pero mi madre estaba allí y preguntó.

Y de una, respondí: « No sé, nadie! »

A partir de entonces, nada volvió a ser lo que era.

Quedé determinada por los dos momentos, el llamado y la respuesta que le di a mi madre.

Ahora diría que la primer parte implicó lo imposible. La segunda, lo necesario.

Lo imposible.

Esta escena ya había sido evocada desde temprano en el análisis. Y aunque sin tenerla en el centro de mi trabajo analítico, los temas que de ella se desprendieron fueron aquellos que, como analizante, no dejaba de tratar. La infidelidad, la de mi padre, la de los hombres, la mía. La novia, el no veía, mi miopía, la de mi familia.

La Otra, por supuesto, fue uno de los temas predilectos de mi histeria.

En lo amoroso, intenté, con invenciones trabajosas, hacer existir la relación sexual. Por momentos, por suerte parecía cesar de no escribirse. Tuve encuentros amorosos. Fueron destellos de que la relación sexual existía. Pero, cuando comprobaba que no era así, una y otra vez rompí lo que había, con ansias de encontrar aquello tan ansiado la próxima vez.

Lo necesario

Con mi respuesta, lo necesario.

A través de mi respuesta quedé fijada a mi ficción. Ficción a la que me fijé. Lacan se refiere a esto en El atolondradicho, escribiendo ficción con *x*, *fixion*. Lo que en francés remite a fijo. (J. Lacan Otros Escritos, Paidós 2012 p 507)

Ignoré eso. Sin embargo, lo escribí una y otra vez sin respiro.

A la pregunta de mi madre: Quién es? Respondí: no sé, nadie.

Ese no sé, tomó con el tiempo más y más amplitud. Comenzó en lo escolar, desde primer grado. Y siguió y siguió. Y no hubo tesis de doctorado, ni publicación, ni clase, que viniese a calmar ese sentimiento subjetivo.

Y este no sé, fue más allá de lo académico.

Le vino exacto a mi histeria. Cómo se es mujer? De qué goza una mujer?

La Otra, tal vez sabe.

La Otra nunca fue mi madre.

La Otra no era la oficial. La Otra podía ser aquella que yo imaginaba como la Otra del teléfono. Ella: fue tomando diversas caras.

Una vuelta más a lo necesario, al no sé.

El final, tuvo que ver con el principio.

Después de tantísimos años de análisis, a la salida, encontré la entrada transformada. La primera demanda se había concretado cuando a los trece años me saqué una nota por debajo de la exigida.

En la puerta de salida, también estuvo el no sé. No cesa, pero cambió de estatuto.

Surgió en el último sueño que le relaté al analista. Allí, algo de mi síntoma se escribió de otro modo.

Se escribió, con la lectura que al despertar, hice de ese sueño. Más precisamente con una imagen de ese sueño. Un rinoceronte. Lo leí, al modo que indica Freud en la interpretación de los sueños cuando habla del *rèbus*, o el *acertijo* en imágenes.

Para esa lectura casi instantánea, creo que hice aún antes de abrir los ojos, usé el castellano de mi lengua materna y el francés, lengua de mi último análisis.

El rinoceronte, se alejó de su imagen, que sin embargo después de ese sueño me interpela.

El rinoceronte devino escritura, y con esa escritura una nueva lectura.

El “ri” (de la risa en francés, al que le saqué la t muda que lleva en ese idioma).

El “noce” fue ahora no sé, con s, aquel, que me cosquilleó desde siempre.

Y el “ceronte” devino cero honte que significa cero vergüenza. Si bien lejos está de haber quedado en cero, también es cierto que está lejos de esa inhibición que tanto me angustiaba e impedía.

El no sé es aun de actualidad. Sin embargo, el no sé tomó ahora otro tinte. Del no sé que dejaba al sujeto inhibida en la pasión de ese no sé, mas cercano al saber triste, a un no sé que la anima.